

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir

Real
Noir



Real
Noir



Real
Noir



PUNTO CIEGO

Kike Ferrari
Juan Mattio

PUNTO CIEGO



Primera edición: octubre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Kike Ferrari

© Juan Mattio

ISBN: 978-84-123794-8-8

ISBN digital: 978-84-123794-9-5

Depósito legal: M-24884-2022

Real Noir Ediciones

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

A Mirta, diez años después.
(Juan)

A Sol, en este día y cada día.
(Kike)

Y a tres de nuestros mayores:
Raúl, Miguel y Rolo.

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

«Soy un gemido acorralado,
una bestia en forma de huir».

A. MARCHESANO

*«When there's no future
How can there be sin?».*

J. ROTTEN

*«Der Tod nicht ein einmaliges, augenblickliches
Ereignis, sonder ein sehr langwieriger Vorgang ist».*

F. ENGELS

PRÓLOGO

«Con la democracia se cura», rezaba una de las consignas de campaña electoral utilizadas por Raúl Alfonsín para ganar en diciembre de 1983 las primeras elecciones democráticas después de la cruenta dictadura argentina del general Videla y sucesores. Visto desde lejos, el período de gobierno militar duró «apenas» siete años. Pero sus heridas siguen supurando.

El país no se curó del todo. Las tramas y subtramas de poder y corrupción que cristalizaron durante esos pocos años, no se diluyeron en 1983. Ni mucho menos.

Con la mira telescópica del mundo puesta en las brutales agresiones a los Derechos Humanos, a menudo quedó fuera del radar de la opinión pública de la Justicia la red de corrupción económica y política que fue, quizás, la razón del golpe de Estado, o su consecuencia. Creo que era el fallecido cantautor Facundo Cabral quien decía aquello de que «los pobres son los que dan personalidad a los países, porque los ricos son iguales en todas partes». Más allá del corto alcance de la *boutade* discutible, se podría decir lo mismo de los corruptos, diferenciando los grados de violencia que son capaces de ejercer para mantener el poder en la sombra y sus privilegios, caiga quien caiga.

Esta novela de Ferrari y Mattio aborda un período no muy visitado de la literatura argentina. Tras el fin del régimen militar, surgieron muchas y algunas buenas novelas que proponían el «descubrimiento» de esas atrocidades que una buena parte de los argentinos no ignoraba, pero consiguió no ver mediante el viejo procedimiento de mirar hacia otro lado.

Al igual que otros períodos históricos nefastos, como por ejemplo la Guerra Civil Española, el retorno de la democracia propició la creación y difusión de mucha literatura que denunciaba lo que había ocurrido y trataba de ejercer de memoria ante una voluntad amnésica de sectores de la población, o simplemente aprovechaba la corriente, que de todo hay en el caldero de las letras.

Como suele ocurrir, a medida que avanza el tiempo y se normaliza el conocimiento de las atrocidades, decreció paulatinamente el número de novelas que se ocupan de hablar de ellas y recordarlas.

Se entraba en un terreno gris en el que resulta a veces más urgente tratar de describir el nuevo desconcierto que recordar el viejo escarnio.

Como si tras la larga noche autoritaria, no terminara de amanecer del todo, pero la mayoría se esforzase por conformarse con esa luz insuficiente y a veces sucia que precede al verdadero amanecer, si es que alguna vez ocurre.

En ese periodo incierto transcurre *Punto ciego*, en una Argentina de los años 90, que habituada a dar por sabido todo lo que ocurrió, trataba de mentirse con que la democracia lo cura todo, maquillando las cicatrices o simplemente mirando sin verlas. Una Argentina más atenta al dólar que a los dolores que seguían doliendo.

En ese marco, el protagonista de la historia, el veterano periodista Darío Chato Tizziani, que no ha perdido todavía

los antiguos reflejos y los hábitos precavidos de la clandestinidad, militante devenido periodista, emprende la búsqueda de la verdad sobre la muerte de un amigo y maestro de otros tiempos, que lo ha seguido siendo y no le sobran.

Lanzado como un coche a toda velocidad, avanza sin ser consciente del terreno que pisa y los abismos que esperan en cada esquina, mientras se va asomando a una trama de corrupción con distintos grados que no deberían sorprenderlo, pero es esa urgencia por recuperar la fe en una democracia mágica, que se alimentan y sobreviven los restos escondidos bajo la alfombra de cualquier dictadura en retiro aparente. La misma alfombra bajo la que se ocultan sus muertos. Un viaje enloquecido en el que huele a podrido en cada sector al que el Chato se asoma: desde el poder político hasta el empresarial, pasando, desde luego, por la estructura policial.

La buena literatura policíaca de América Latina carece, o casi, de héroes policías (salvo honrosas excepciones), en buena medida por todos los motivos antes citados: es difícil limpiar de malos hábitos una institución tan importante, y que resultó de gran utilidad durante la dictadura. La democracia puede que cure pero tarda muchos años en ejercer un efecto definitivo. Mientras tanto, solo quedan los placebos legales que no siempre cumplen su función, los somníferos que ayudan a dormir pero no borran las pesadillas y la rápida recuperación de la vieja costumbre de mirar hacia otro lado para evitar que el poder oculto se fije en uno mientras se lleva al vecino; diferentes versiones de aquella tan repetida frase: «algo habrán hecho».

Difícil trabajo a cuatro manos, pero muy bien conseguido entre Kike Ferrari y Juan Mattio, hasta el punto que no se distingue quién escribe qué y ese era el objetivo.

Pese a que Buenos Aires sea el telón de fondo de esta novela y hable de tiempos que tal vez no sean suficientemente conocidos en otros países, alcanzan los datos básicos, esos que prendidos con alfileres hemos ido manteniendo a lo largo de décadas y distintos informativos, para disfrutar de la trama, ya que es una excelente novela negra, al más puro estilo Ross MacDonald, un intento porque la verdad brille aunque sea durante un instante, la búsqueda de la lucidez que se adquiere cuando se pierde la prudencia.

Novela dura, pero de excelente lectura, escrita de forma tal que no es necesario conocer al milímetro el entorno social e histórico en el que ocurre, para disfrutar y compartir la búsqueda del Chato Tizziani, y avanzar con él, pisando el acelerador y olvidando el freno, por esa carretera que acaso lleve a esa verdad que tratamos de mirar de frente, olvidando que siempre existe un punto ciego, un ángulo desde el que pueden venir el peligro y la muerte, a los que no vemos hasta que es demasiado tarde.

CARLOS SALEM

1

LA BOCA DEL LOBO

18 DE SEPTIEMBRE DE 1996

MIÉRCOLES

—Me persiguen, Darío. Me vigilan todo el tiempo.

La voz cargada de medicamentos de mamá es turbia y sus palabras pelean por no trastabillar. O por trastabillar con elegancia. Como un borracho que pretende caminar derecho para que nadie se dé cuenta de su estado, pero que rebota contra las paredes todo el camino hasta el baño.

Quiere susurrar, mamá, pero le cuesta trabajo controlarse. El borracho llega al baño, como puede, e intenta vomitar en el inodoro y no en el suelo.

Tiene un camisón blanco y largo que casi toca el suelo, pero se ha pintado los ojos y los labios para esperarme. Es impresionante el contraste del rostro demacrado y el camisón de enfermedad con el maquillaje. El borracho se lava la cara frente al espejo, se acomoda el pelo.

Ella, pienso, hace los esfuerzos que yo ya no sé cómo hacer.

La tarde se hace fría.

Pienso en irme.

En no estar ahí.

En cerveza fría. En un coctel de pastillas y doce horas de sueño. En uñas de mujer clavadas en mi pecho.

Pero no. Las únicas uñas que hay son las de mamá, clavadas en mi mano. Y sus ojos que se encienden cuando vuelve la cabeza y ve a las otras visitas desparramadas por el patio interno.

—Acá estás bien —digo—, te cuidan.

No hago más que mentirle, pienso. Mentirme. Mentirnos. Mentiras, mentiras, mentiras, mentiras.

—Ellos ya saben que estoy acá. Los veo pasar en autos cuando estamos en el patio de afuera. Me hacen señas. Ayer un tipo sacó la cabeza por la ventanilla y se pasó un dedo por el cuello. Le leí los labios. Decía: «Te vamos a matar».

—Nadie te va a hacer nada, mamá. Lo que tenés que hacer es estar tranquila y darle bola a lo que el médico te diga.

—¿Por qué no viniste el miércoles?

Cambia el tono como si se hubiese acordado, en medio de una charla trivial, de un tema importante.

Vuelvo a mentir cualquier excusa banal y le pregunto cómo está. Ella no miente.

—Mal. Me cuesta dormir, me cuesta comer, esta medicación nueva no sirve para nada.

—Tranquila. Los médicos saben lo que hacen.

Otra mentira. Quizá los médicos sepan lo que hacen. Pero yo no creo eso. Pienso en la canción de Sumo.

Mentiras, mentiras, mentiras, mentiras.

¿Adónde fuiste?, ¿adónde fuiste?

Parece que Luca me hablara a mí. Mamá me lee la mente.

—Mentira. Los médicos lo único que quieren es tenernos sedados todo el santo día. ¿Cuándo volvés?

—El domingo. El domingo almorzamos juntos.

Tiene permiso de salidas de unas dos o tres horas. Trato de sacarla al menos una vez por mes. Trato. No siempre me da el coraje.

—No me dejes plantada, ¿eh? Prometeme.

—Yo no hago promesas, mamá

—¿Traes a la nena?

—No creo, está con la mamá los domingos.

Y todos los otros días de la semana. Pero no hay necesidad de que mi vieja sepa qué tan mal van las cosas allá afuera también.

Trato de esquivarle la mirada cuando miento, como un boxeador al borde del nocaut. Quizá ella se da cuenta de todo. Quizá no.

—Me gustaría verla.

«A mí también, viejita», pienso. Pero digo:

—Te extraño.

—Yo también.

Apoya su cabeza sobre mis rodillas como si fuera una nena chiquita. La respiración le mejora, puedo sentir la calma latiendo en su cuerpo. Las uñas dejan mi mano en paz. También se le suaviza la voz.

—Cuando venga Ludmila, no me va a reconocer.

—Sí, mamá, ella siempre pregunta por su abuela.

—No quiero que me vea así, ¿eh? Avisame antes de traerla, por favor. Y no la hagas entrar, que nos espere afuera.

—Está bien —apago el cigarrillo con la punta del borceguí—. Tengo que ir yendo.

—¿Vas a venir el domingo?

—Sí, vos tranquila. No te pongas nerviosa que te hace mal.

Nos despedimos con un abrazo y las lágrimas caen negras por su cara llevándose el rímel y aplastando una sonrisa teme-

rosa. Una enfermera la acompaña mientras cruza el pasillo. Yo me quedo ahí parado hasta que la pierdo de vista. El peso de la tristeza me clava los pies al piso. Prendo otro pucho.

Cuando voy saliendo, la mujer de mesa de la entrada me dice que el doctor quiere hablar un momento conmigo.

Un momento, dice, como si supiera de qué habla. No es una persona, pienso, es un rol: *Mesa de Entrada*.

Sonrío resignado. Vengo esquivando ese encuentro por demasiados meses y no pude pensar una nueva excusa.

Mesa de Entrada me acompaña por los pasillos blancos y silenciosos del edificio central. Parece un lugar pacífico y amable. Pero, claro, acá no viven los internos, solo funcionan los consultorios. La locura es apenas una visita, un síntoma, una parte del laburo de alguien.

Llegamos hasta una puerta pintada de blanco, con un vidrio esmerilado. Mesa de Entrada abre sin golpear y me anuncia. La voz neutra del médico me invita a pasar. Es un tipo joven y pulcro. Enseguida me ofrece su mano y una mirada franca, construida para generar confianza.

La oficina es gris y tiene las paredes descascaradas. Una única ventana deja pasar, apenas, la luz.

Vi tantos lugares como ese en mi vida que podría reconstruirlo con los ojos cerrados.

Un armario de madera en un rincón.

Un escritorio de metal.

Dos sillas incómodas —para los visitantes— y un gran sillón de cuero negro para el doctor.

Muchos papeles sobre el escritorio, dos o tres lapiceras, un puñado de clips, unas pocas carpetas amarillas con nombres escritos en marcador negro.

Un cenicero, una taza con café enfriándose.

Hospital, cárcel, escuela, siempre el mismo paisaje. Habitaciones que no tienen dueño y que todo el mundo odia. Unos porque en esas piezas ven el retrato de su trabajo ingrato y mal pago, otros porque saben que son las verdaderas celdas de su agobio. Encierro y trabajo alienado. Los dos lados del mostrador.

—Hace mucho que quería hablar con usted —dice a modo de bienvenida y para dejar establecida, no más empezar, una reprimenda paternal. La silla incómoda del visitante, el enorme sillón del doctor. Me invita a tomar asiento—. ¿Cómo la vio?

—Bien, mejor.

Miento sin convicción. Sin ganas. Sin esfuerzo.

—No, no hace falta, señor Tizziani —responde moviendo las manos, como si quisiera barrer mis palabras—. Sabemos que está pasando por una nueva crisis. ¿Le dijo que la estaban vigilando?

—Sí, claro, y que la habían amenazado de muerte.

—¿Y qué piensa?

Silencio.

Cómo decirle que es la misma historia que vengo escuchando desde los seis años. Que si me estuviera prestando atención, hubiera escuchado que contesté «claro» y que eso explica lo que pienso.

Silencio.

El doctor hace un gesto de aprobación.

Parece que lo alegra que haya abandonado la intención de complacerlo. Escribe algo en su cuaderno. Imagino que puede resultarle importante la fecha.

—Estamos en un punto muerto, Tizziani.

Silencio.

—Hay una parte de la historia a la que no podemos entrar y eso es lo que está trabando a su madre.

Silencio.

—Esa historia es la clave.

—¿Usted cree que tienen cura los paranoicos, doctor?

Me mira con asombro. Quizá pensaba que ya no iba a romper mi mutismo. Se acomoda en su gran sillón negro, más doctor que nunca. Saca un cigarrillo de un cajón del escritorio.

—¿Le molesta? —pregunta.

Niego.

Lo enciende.

Yo también prendo un Chesterfield.

La luz de la tarde se apaga en la ventana y de un momento a otro vamos a quedar en penumbras.

—¿Escuchó hablar de la enfermedad única?

—No.

Respondo breve y honestamente, por primera vez en la tarde.

—Es una teoría de un psicólogo llamado Pichon-Rivière. Lo que el tipo decía es que hay un núcleo único del que derivaban todas las enfermedades mentales.

Nuevamente hice silencio.

Cómo explicarle que el problema de mi madre no está en la cabeza, sino en el corazón, y que meterse con eso es otro callejón sin salida: la boca del lobo, la loca del bobo. El doctor hace uso de mi silencio y sigue.

—Desde las neurosis simples hasta las psicopatías más severas. ¿Sabe de qué se compone ese núcleo?

Niego con la cabeza, tratando de ocultar mi desinterés.

—Tristeza, Tizziani, tristeza.

Me mira convencido de haber acertado en un mal pronóstico. El conocimiento de su ciencia lo empujó a una conclusión deso-

ladora. Seguimos fumando nuestros cigarrillos lentamente, como si nos costara encontrar las palabras que construían esa conversación. Al menos estamos de acuerdo, el problema no está en la relojería de mi vieja, sino en su alma. El doctor se repone antes que yo.

—La tristeza es la madre de todas las enfermedades, me animaría a decirle que incluso de las enfermedades físicas. Pero eso no es importante ahora. Me gustaría que comprenda en qué situación se encuentra su madre.

Apaga el cigarrillo y vuelve a erguirse, como si hubiera estado descansando.

—Esa depresión básica es la que se vuelve a repetir en cada nueva situación de angustia y a la que intentamos atacar con el mismo esquema, una y otra vez. Puede ser una fobia, un trastorno o un delirio persecutorio. Lo importante es saber qué trauma encubre la enfermedad. Su madre es, de alguna manera, como una nena asustada por una pesadilla.

—Doctor, hay mucha gente triste, sola, derrotada. Mucha gente tiene pesadillas. Pero no por eso intentan clavarle un cuchillo a su hijo de once años...

—Entiendo que esté enojado, Tizziani...

—Darío, por favor.

—Bien. Le decía, Darío, que es comprensible que esté enojado, los familiares de los paranoicos sufren la enfermedad a la par del paciente. Siempre. Pero hay que entender la enfermedad: su madre no lo veía a usted cuando lo atacó. Se estaba defendiendo de algo que ella creyó real.

Me sonrío con tristeza, tratando de darme algo más que sus palabras, sabiendo que estas no alcanzan para consolarme. Ni para consolar a nadie.

—Es una enfermedad muy, cómo decirlo... Muy hija de puta, si me permite la expresión. Los paranoicos se defienden

de un mundo que sienten amenazante y proyectan su propia violencia en los demás. Cuando ellos dicen que los quieren matar, en realidad están elaborando de la manera que pueden su propio deseo de lastimar, de herir a quienes los lastimaron. No pueden enfrentar su propia violencia y la depositan en el mundo. Cuando su padre murió, la tristeza del duelo despertó en su madre una crisis de la que todavía no puede reponerse.

—Ya van a hacer diecisiete años...

—Está bien. Pero veámoslo así: imaginemos que la vida de su madre es una película. Bueno, ella está atrapada en un mismo fotograma hace años. Si no podemos encontrar qué pasó en ese momento de su vida, es muy difícil que ella pueda destrabarse sola. Tendrá momentos mejores y momentos malos, pero no va a salir nunca de acá —y extiende sus manos para indicarme a qué se refiere: el inmenso edificio que nos envuelve. La oscuridad creciente, la puta locura.

Silencio.

Por primera vez el doctor me responde con silencio. Me rindo.

—No sé cómo ayudarla. Si supiera, ya... —dejo caer las palabras que siguen, no hacen falta.

—Le pido que piense, que trate de pensar la historia de su mamá como si fuera una novela policial. Es una buena metáfora, Tizziani. Darío. Los psicólogos podemos pensarnos como detectives en busca de un asesino sigiloso y astuto que, sin embargo, siempre deja pistas. Y esos rastros están dentro de la cabeza de su madre. Hable con ella, pregunte las cosas que no entiende, que le parecen raras o desubicadas en la historia. Nadie está en condiciones de reconstruir la vida de su madre mejor que usted. Es el único testigo que tenemos. El único puente posible con la verdad.